

que todos deseaban batirse y Miramón así lo propuso al soberano; pero Márquez opinó porque se estuviese á la defensiva. "Contra lo que esperábamos, dice A. Hans, no se nos condujo al combate. Fué una grave falta, como se verá más tarde. Los republicanos no nos atacaron inmediatamente, y se aprovecharon de nuestra indecisión, que es la mitad de la derrota en semejantes circunstancias, para aumentar su efectivo con los refuerzos que les llegaban á marchas forzadas." (Querétaro, pág. 68)

La circunvalación quedó definitivamente establecida el 9 de marzo por los republicanos en número de 21,000, que fueron aumentados hasta cerca de 30,000 con 74 piezas de artillería.

Desde el día 11 los sitiadores empezaron á hacer un movimiento para voltear sobre la derecha la línea imperial; ocuparon los cerros dominantes de Paté y Carretas y rompieron el acueducto que provee de agua á la ciudad. Con ocasión de ese movimiento, del que dió aviso Méndez á Márquez, éste propuso preparar sus columnas para dar un salto al enemigo en la madrugada del 12, «y si no se alcanzaba una victoria completa, á lo menos se le haría sufrir un fuerte descalabro que permitiera tomar la Estancia de las Vacas, que era una posición más ventajosa, concluyendo con estas palabras, que refiere en su manifiesto: «Yo le respondo á V. M. del buen éxito de este movimiento, que es tanto más seguro, cuanto que el ene-

migo no tiene ni la menor idea de él.» A todo esto me contestó el Emperador: Deseo consultar con los Generales Miramón y Escobar.—Hice que se presentaran en el acto, é impuestos del asunto é interrogado Miramón, le dijo: Señor: no veo la situación tan apremiante ni hay necesidad de ese movimiento, y menos de tomar una resolución definitiva sin conocer todavía las intenciones del enemigo. Esperemos con calma para ver lo que se hace y más tarde resolveremos lo que convenga.

Entre tanto con que la brigada Castillo ejecute un cambio de frente es bastante. Escobar fué de la misma opinión y el Emperador dijo que era también la suya.»

Contradicciones lastimosas que sólo pueden explicar las pasiones personales: Márquez, que se oponía á todo movimiento ofensivo el día 6 en que aún no se reunían todos los republicanos, propone un asalto para el 12, y Miramón que anhelaba atacar al enemigo se opone en el momento en que la proposición parte de Márquez! Por lo demás la idea era buena, porque romper el sitio aun á costa de una derrota era la única salvación posible, y eso cada día habría de hacerse más difícil porque aumentaban á diario las fuerzas de los sitiadores. El autor del libro que comento nos refiere que «diariamente se reunía el consejo de guerra para deliberar; *opinando siempre* el Emperador por el ataque y

oponiéndose siempre los generales» (pág. 337) Eso es absolutamente falso, como se ha visto. Maximiliano decidía siempre contra los generales que proponían la ofensiva; pero sin razón se hace valer por su secretario particular que opinaba en aquel sentido, pues aunque hubiese sido cierto, á él como Soberano y general en jefe no le tocaba juzgar, sino resolver y mandar con toda la autoridad y la energía que prescribe la Ordenanza.

En cuanto á los consejos de guerra que se reunían diariamente, deben considerárseles como la consecuencia de la falta de carácter del Archiducado que no le permitía resolver nada, absolutamente nada por sí solo, y de su falta completa de aptitudes militares que no le permitía tampoco conocer la utilidad ó inconveniencia del más ligero movimiento estratégico. Es digno de notar que en toda la campaña franco-prusiana, el ejército alemán no llegó á celebrar un solo consejo de guerra, sino que el Gral. Moltke exclusivamente proponía al Rey todos los planes, que en seguida pasaban á los generales solo para su ejecución.

En Querétaro no se necesitaba un Moltke, pero sí habría sido precisa la unidad de mando, la prontitud de acción, la existencia de un plan perfectamente preconcebido, y lejos de eso la dirección y plan de campaña estaban confiados á todos los que rodeaban al Emperador y que forma-

ban un conjunto de elementos heterogéneos, y antagónicos.

El Gral. Escobedo dió un asalto al Cerro de la Cruz el día 14, más bien con objeto de establecer unas paralelas, que con el de ocupar la plaza, habiendo comenzado á las nueve y media de la mañana y terminado á las seis de la tarde en que los sitiadores fueron obligados á retirarse con grandes pérdidas. «El resultado de esa memorable jornada, dice Blasio, si bien fué favorable para los imperialistas, puesto que pudieron rechazar al enemigo, cuesta un buen número de vidas y los liberales consiguen estrechar el círculo en el que nos iban acorralando» Por su parte Alberto Hans dice que «los republicanos rechazados y batidos por todas partes á pesar de su valor y su temeridad, tuvieron que perder toda esperanza de buen éxito. Lo repito, la mayoría de los nuestros en su odio contra nuestros adversarios no quería reconocer que al menos los republicanos se habían portado bien durante la jornada; pero la verdad histórica me obliga á decirlo así.» (Mem. de un Oficial de Máx. pág 105)

En esa vez el Gral. Márquez hizo prodigios de valor en la calle de los Cipreses al obligar á los asaltantes á desocupar el Panteon de la Cruz de que se habían apoderado, y el autor cuenta que el príncipe de Salm Salm dando una brillante carga, quitó un cañón al enemigo. Cuando

Salm contó con orgullo su hazaña, en sus Memorias, los Sres. Peza y Pradillo se apresuraron á decir que había faltado á la verdad y á la justicia, atribuyéndose el mérito de haber sido él quien arrebató al enemigo el cañón rayado: quien tomó ese cañón fué el valiente Mayor de Cazadores Don Macedonio Victorica, herido de un bayonetazo en el pecho y no de un balazo como afirma aquél. (pág. 33) Lo mismo había dicho el Lic. Don Ignacio Alvarez.

Durante todo el sitio, Maximiliano se mostró siempre contento, activo, valiente, pues cómo escribe Arrangois, «le gustaba la vida militar: asistía á todas las juntas; presenciaba todos los combates; visitaba los cuarteles y los hospitales: su conducta le había hecho muy querido del ejército». Por eso mereció muy bien que el ejército lo condecorase con la medalla de cobre del valor militar concedida al soldado raso, la cual dice el autor que no dejó de lucir un solo día sobre su pecho.

Entre tanto en el interior de la plaza ocurrían hechos de que no quiere acordarse el Sr. Blasio. Por orden del Imperio sin escrúpulo alguno se abrieron las puertas de la carcel y centenares de criminales fueron sacados para incorporárseles en filas.

Los préstamos y las exacciones se repitieron con tal frecuencia que para hacerlos efectivos se emplearon los más reprobados medios, tales como prisiones, cateos, y conducción á las

trincheras. «Ni Márquez ni O'Horan en México, dice Frias y Soto, llegaron á la altura que alcanzó Maximiliano en Querétaro en materia de saqueos oficiales».

Las intrigas siguieron produciéndose y á mediados de marzo fueron des-
tituidos del mando los Grales. Casanova, Escobar, Calvo y Herrera y Lozada por ineptos según Salm ó «porque eran amigos y protegidos de Miramón» como quieren Peza y Pradillo.

«Consultando mi diario de entonces, escribe el Sr. Blasio, me encuentro con que del 15 al 21, nada notable ocurre que valga la pena de mencionar. El Emperador quiere hacer una salida y así lo ordena á Miramón, pero ésta por motivos de que aprueba el consejo de guerra, no se verifica». [pág. 344.]

Es de sentirse tan grande laconismo al referirse á la famosa junta del 20 de marzo, y la errónea obstinación en afirmar que el príncipe quería hacer una salida, cuando consta todo lo contrario.

Convencidos de que los republicanos ocuparían la plaza indefectiblemente por tenerla ya perfectamente sitiada y por no esperar ningún refuerzo ni tener los víveres y municiones necesarios para un largo sitio, se pensó en tomar una resolución radical y se consultó por Maximiliano al Jefe de su Estado Mayor que tenía toda su confianza y era además considerado como el militar más técnico de los que de-

fendían sus banderas, quien le respondió que teniendo en consideración la parte política y la existencia del Imperio, que fácilmente podía desaparecer en Querétaro, creía que se debía ocurrir á los recursos del arte y obrar extratégicamente para salir de la plaza. A ese efecto propuso romper el sitio en la madrugada por el camino de Celaya, donde no podrían los enemigos resistir el empuje inesperado de todo el ejército, dirigiéndose á Estancia de las Vacas donde creía poder triunfar si era perseguido y si no, marchar rápidamente á Celaya haciendo creer que iba á Guanajuato, para tomar al día siguiente el camino de Acámbaro diciendo que iba á Morelia y al otro día dirigirse por Maravatío á Toluca.

Miramón sin saber que el proyecto era de Márquez lo aprobó con aplauso y solo Mejía se opuso diciendo que era impracticable á menos que se saliera sin trenes y se siguiera el camino de la sierra para ir á México; pues de otra suerte el enemigo caería sobre ellos y no les daría tiempo ni de formar.

Con la manía sempiterna de las juntas, el Archiduque reunió la del 20 y allí estalló la más vergonzosa rivalidad. Se atacó el proyecto de salida calificándolo de cobardía, y aunque, «esa era la opinión del Gral. Miramón, dice el más conservador de los conservadores,—he citado á D. Ignacio Alvarez,—la desgracia que no dejó de agitar allí sus

negras alas, hizo que *al fin viniera él á apoyar una opinión contraria*, tal vez con la esperanza de que dándole el mando del ejército, podría tener la fortuna de adquirir el deseado triunfo y cubrirse así de mayor gloria».

Debido á tan censurables manejos se decidió continuar sosteniendo el sitio y se perdió la última oportunidad de lograr una salida que aun cuando sin duda alguna se habría convertido en derrota como lo había previsto Mejía, habría por lo menos permitido el escape del comprometido Archiduque y de sus principales generales.

Entonces se decidió Maximiliano á enviar á México al Gral. Miramón para traer algún socorro; «pero, dice el libro, *como siempre*, Márquez se opone y se ofrece á ir él en persona pues alega que el valor juvenil y temerario de Miramón puede hacer que fracase el proyecto».

Y como siempre se hizo todo, menos lo que deseaba el soberano. «Debía Márquez, dice el autor, reunir en México todos los recursos de dinero y de hombres y volver *en el acto* para Querétaro. Si México queda abandonado, nada importa, lo que precisa á toda costa es salvar la situación en la ciudad donde se halla S. M.» (pág. 344.)

Según los Sres. Peza y Pradillo, el Emperador le dijo al despedirse estas apremiantes palabras: «General no olvide Ud. que el Imperio se encuentra hoy en Querétaro.»—«Descuide V. M.

respondió aquel, *antes de quince días estaré de vuelta*»:

Márquez llegó á México el 27 encontrando allí cerca de 6,000 soldados, mas al saber que Puebla estaba sitiada por el Gral. Díaz, marchó el 30 de marzo á auxiliar á aquella plaza con 5,000 hombres y 18 cañones, á fin de obligarlo á levantar el sitio, estimulándolo con esa amenaza á dar el atrevido asalto del 2 de abril que aseguró el triunfo de la República.

Si en vez de faltar á sus instrucciones, sale de México con 6,000 hombres y veinticuatro cañones ese mismo día 30, habría podido estar frente á Querétaro el 5 de abril, tiempo en que hubiera sido imposible al vencedor de Puebla alcanzarlo y á Guadarrama el detenerlo. Era sin duda peligrosa para él la aproximación á Querétaro porque Escobedo podría haber destacado alguna columna para impedirle el paso; pero en tal evento habría quedado muy débil la línea de sitio, permitiendo tal vez la evacuación de la plaza. Claro está que Puebla habría caído en poder del Sr. Gral. Díaz; México se hubiera insurreccionado y á Querétaro lo ocuparían los republicanos; pero con mucha probabilidad Maximiliano, Miramón y Mejía se habrían salvado. Sobre todo Márquez cumplía con su deber.

Solo el Sr. Bulnes que tanto se distingue por distinguirse, ha tratado de sostener que no llevó órdenes para volver á Querétaro. El Sr. D. Rafael L. To-

Fres en su «Traición de Querétaro» se ha ocupado de refutarlo victoriosamente.

La salida de Márquez al frente de 1,200 caballos se efectuó sin ser sentida el 22 de marzo á media noche, á pesar de lo cual el autor pretende que para favorecer tal marcha, el 22 á la madrugada Miramón atacó los puntos de S. Juanico y el Jacal. Parece muy mal informado, porque malamente se habría podido proteger un movimiento, con un ataque emprendido veinte horas antes!

Esa salida pudo entonces efectuarse por no estar completa aún la circunvalación, por lo que se hizo necesario que el 24 al mediodía, los republicanos extendieran su línea desde el Cimatario hasta la garita del Pueblito y asaltase la Casa Blanca, punto avanzado de los sitiados, y aunque consiguieron el primer objeto que era el principal, fueron rechazados en el asalto con grandísimas pérdidas. Allí murieron los coroneles D. Manuel Peña Ramírez y D. Florentino Mercado, abogados patriotas y valientes, que habían llegado la víspera á prestar sus servicios. «El éxito de la división de Miramón fué instantáneo; pero la división de Mejía vaciló un poco diezmada como se encontraba ya por el fuego de los liberales; mas el valiente general se adelantó gritando «así muere un hombre» y se lanzó solo hacia los republicanos. Electrizadas sus tropas con tanto va-

lor se lanzan bravías y fieras al ataque.»

También yerra el autor al asegurar que del combate de San Juanico y el Jacal volvióse el valiente Miramón á Querétaro, llevando veinte carretas de provisiones, sesenta bueyes y más de doscientas cabras y carneros, pues los Sres. Peza y Pradillo que por su posición militar y su veracidad merecen todo crédito, rebaten esa aseveración expresada antes por Salm, y dicen “que no se tomaron en San Juanico si no seis carros con viveres y forrajes y una manada de cabras y no veinticuatro carros, ni los bueyes, vacas y borregos que él dice”.

Pero donde el Sr. Blasio comete una inexactitud que pone en el más completo ridículo al soberano y á sus jefes, es al tratar del triunfo del Cimatarío, porque asegura que «el Emperador al saber la noticia de ese resultado corre á caballo al campo de batalla; pero en el frenético entusiasmo con que los soldados lo reciben, *se olvida el objeto de la batalla que era salir de la ciudad.*» (pág. 352.)

El 27 de abril á la madrugada los imperiales lograron sorprender á los sitiadores y atacándolos valerosamente con dos gruesas columnas los hicieron huir despavoridos, ocupando sus posiciones, flanqueando sus paralelas y apoderándose de su artillería, sus carros y sus municiones: la espada victoriosa de Miramón acababa de romper el sitio y abrir una puerta de

salvación á los defensores del Imperio. Estos, que no habían pensado en evacuar la plaza aunque Blasio diga que “desde á las cuatro de la mañana se encuentran empacados todos los objetos del Emperador y ensillados los caballos que han de conducir á su comitiva”, se ocupan de los víveres, de los equipajes, y de introducir tan gran botín, mientras el Gral. Corona pide á Escobedo las reservas y se presenta personalmente con Doria y Díaz de León al frente de los Rifleros y Cazadores á sostener las caballerías de Aureliano Rivera que era el último que ya muy lejos, se batía aun en retirada: mas las caballerías lo refuerzan, pero los sitiados lo atacan frenéticamente en columnas de las tres armas en la falda de la montaña donde sus ginetes no pueden maniobrar y caen diezmados por la artillería de Ramírez Arellano; los instantes de lucha é indecisión se prolongan, cuando llega Rocha con el batallón, Supremos Poderes y bastante infantería y entonces recobran á viva fuerza los veinte cañones, los carros y las provisiones que habían perdido, obligando á su enemigo á volver á sus trincheras en medio del desorden y de la confusión.

“El sitio estaba roto y sobre los destrozados elementos de la República se destacaban ya sobre sus ruinas, la pericia militar y la bizarría de los Jefes del Imperio, cuando Corona como el hijo feliz de la victoria, se presentó en las ensangrentadas vertien-

tes del Cimatario alentando con su voz, su ejemplo y su fortuna á Rivera, Rocha, Guadarrama, Doria, Naranjo, Tolentino, Villanueva, Lain, Loera y otros valientes” (Ensayo Hist. del Ejército de Occidente).

Esa sorpresa tan atrevida y tan completa abrió, como queda dicho, la puerta para que hubiesen podido salir Maximiliano con sus generales y sus tropas ligeras; pero nadie llegó á pensar en hacerlo. Faltó cómo siempre un cerebro pensante y una resolución violenta. Pero decir que el objeto del ataque fué procurarse esa salida y que se les olvidó ejecutarla con los aplausos y la alegría del triunfo, eso es simplemente absurdo.

Fué la última sonrisa que la victoria concedió á una causa que estaba perdida para siempre: el 1º de mayo fué, como escribe el autor, desfavorable para las tropas del Imperio, porque intentaron una salida por la línea del Sur sobre la Hacienda de Callejas y fueron rechazadas con grandes pérdidas; el 3 intentaron un nuevo ataque hacia la misma hacienda y el cerro de San Gregorio, pero se les obligó á replegarse teniendo que apelar á la publicación de la falsa noticia de que había llegado un correo que anunciaba la inmediata llegada de Márquez, y esto “para desvanecer en parte el doloroso y nefasto efecto causado por aquella jornada sangrienta. Se echaron á vuelo las campanas y se tocaron dianas en los

cuarteles; pero se puede asegurar que eran ya muy pocos los que en Querétaro creían en la veracidad de tales noticias”.

Sin embargo el historiador Don I. Alvarez fué uno de esos muy pocos crédulos, pues refiere que “El Sr. García Aguirre habló ese mismo día con el Emperador, manifestándole que muchos dudaban de la veracidad del aviso publicado por el Jefe de Estado Mayor; y el Emperador tendiéndole la mano á su ministro, le dijo: “Como caballero aseguro á Ud. que es cierta la noticia; á la hora que vaya Ud. á la Cruz verá las comunicaciones, y haré que se publiquen para conocimiento de todos”. Así trataba á su ministro y así sabía engañar á todo el mundo!

“Entre las tropas imperiales, dice Blasio, cada día aumentaba la desconfianza y el desaliento; nadie creía ya en los auxilios de Márquez; faltaba dinero, faltaban víveres, los desertores aumentaban de día en día y el mismo Regimiento de la Emperatriz, que era uno de los más leales, contaba todos los días con algún desertor que iba á engrosar las filas enemigas”.

Había tal desmoralización, que los Sres. Peza y Pradillo refieren indignados que «en los anales del sitio de Querétaro se registra un episodio harto vergonzoso y es el que menciona Salm atribuyéndolo á quince oficiales del ejército, de los cuales sólo designa tres:

el General graduado Don Silverio Ramírez, el Comandante Adame, su hermano político, y el Coronel Rubio. Según sabemos, los dos primeros dirigieron al Gral. Mejía una carta, en la que después de pintarle nuestra situación, le pedían hablase al Emperador, interesando toda su influencia á fin de inducirlo á que entrase en tratados con el enemigo, por ser imposible la conservación del Imperio en Mexico. Esta carta fué enviada al Emperador por dicho General con el Coronel Rubio, sin entrar en ninguna explicación y manifestando solamente que no iba por encontrarse enfermo El generoso corazón del Emperador, pudo solamente salvar de la muerte á estos indignos jefes condenados por el Código sin apelación. S. M. se contentó con hacerlos arrestar mandando que se les abriera un juicio." (pág. 60).

Ese hecho pinta muy bien la demoralización del ejército, no sólo por el contenido de la carta en que se habían olvidado del honor los Jefes de alta graduación, sino por el hecho muy significativo de que el mismo Mejía le diera curso enviándola con un coronel y manifestando que él no la presentaba por estar enfermo!

En tal situación y como un recurso desesperado, se decidió el día 10 romper el sitio; pero aunque el autor no nos dice nada, se tropezó con la dificultad de que Mejía, Méndez y otros jefes, convencidos de la imposibilidad de eje-

cutar esa medida, trataban de capitular. Por eso cuando el Jefe de las caballerías supo la resolución que se había tomado para evacuar la plaza se presentó al Emperador, según refiere Ramírez Arellano, ofreciéndole levantar ocho mil hombres del pueblo en veinticuatro horas si se prescindía de tal idea, y como era sabida la influencia que ejercía en la ciudad, se creyó en su oferta y se aplazó la salida como siempre. Pasadas las veinticuatro horas pidió se ampliase por otras cuarenta y ocho, al fin de las cuales sólo pudo presentar menos de doscientos hombres!

Hubo, pues, que apelar al medio supremo, y en la noche del 13 al 14 se decidió que la salida se efectuara en la madrugada del 15, dándose la víspera las órdenes necesarias. Por su puesto que aquella operación era impracticable, porque como dice muy bien Márquez, si en el mes de marzo, cuando los imperialistas contaban con dos mil ó tres mil hombres más y los sitiadores con 8,000 menos, se declaró impracticable por los mismos jefes superiores; ¿como se habría podido realizar en mayo, cuando el sitio se había estrechado y aumentado los obstáculos y los soldados habían perdido el vigor, la esperanza y aún la disciplina? Era el *sálvese quien pueda*.

Sin duda que la instancia de Mejía fué motivada por tales consideraciones, pero insistiendo de nuevo en la resolución trataron entonces de que no

se llevara adelante Méndez, Castillo y el coronel Redonet. Era imposible que se ejecutara medida alguna cuando reinaba tal división en los espíritus, tal rivalidad entre los jefes y tan completo abatimiento en el ejército.

Se reúne nueva junta de guerra á las nueve de la noche del 14 y allí se decide después de largas conferencias aplazar la salida para el 16, y como Miramón se impacientase, Maximiliano tranquilizándolo le dijo: "No os aflijais, Miguel, que importan veinticuatro horas para el éxito de una operación de guerra"; á lo cual éste respondió con acento profético: "Señor, Dios nos guarde durante esas veinticuatro horas!" (Darán pág. 284).

Para diferir la salida, Maximiliano dió por motivo diversas causas: á Miramón le manifestó que habiendo encontrado López un depósito de maiz, del que tanto carecían, podría darse un pienso á la caballada para que pudiera estar en mejores condiciones para el servicio. (Darán, pág. 204) No era cierto que se hubiera hallado ni un grano.

A Salm Salm le dijo que no había habido tiempo de armar á los numerosos voluntarios que había reunido Mejía. Tampoco era verdad, porque los voluntarios que se presentaron eran sólo 186 y los fusiles que se tenían disponibles eran más de mil.

¿Por qué expone distintos motivos é igualmente falsos?

Sea lo que fuere, en la noche no ocurre novedad y Maximiliano, según cuenta su médico Bash, llamó á Lopez, lo condecoró con sus propias manos con la cruz del Mérito militar, premio incomprensible por no existir ninguna causa aparente y porque estando en vísperas de un combate, lo natural habría sido condecorar después de ocurrido éste para recompensar alguna acción digna de premio, ejecutada durante la lucha.

A la madrugada siguiente, las cuatro en punto del 15 de mayo, Blasio fué despertado por el Teniente Coronel Yablouski, diciéndole que el enemigo ocupaba la Cruz. Corrió al cuarto del príncipe, que dormía tranquilamente y lo hizo despertar; pero dudando aún de la noticia, comenzó á vestirse lentamente, hasta que entró Yablouski á suplicarle se diera prisa. Entre tanto, se daba aviso al General Castillo, al Coronel Guzmán, al Oficial de órdenes Pradillo, á Salm y al Dr. Bash que habitaban las piezas contiguas. Una vez reunidos bajaron las escaleras, llenas ya de soldados liberales, que no los reconocieron en medio de la confusión; sin embargo, al salir á la calle, el centinela les marcó el alto, y un oficial republicano, el Sr. Rincón Gallardo, ordenó se les permitiese el paso por ser paisanos, no obstante que casi todos vestían sus uniformes militares.

El señor Iglesias Calderón, que había hecho un estudio magistral sobre este asunto, y á quien tendré cons-

tantemente que referirme, dice con mucha razón: «Es incomprensible que Maximiliano, después de haber visto la Cruz ocupada por los sitiadores, sin que hubiesen disparado ni un solo tiro, después de haber visto á López rodeado de oficiales republicanos y después de verlo á su lado, libre, es incomprensible, repito, que el Archiduque no reprochara á López su traición, ó cuando menos, no se encerrara en un despreciativo silencio.» (La Traición de Maximiliano, pág. 108) Yo sólo tengo que agregar una observación; que en mi concepto es muy significativa. Al despertarlo con la noticia, «dudando aún que fuera cierto, escribe Blasio, lo que yo le decía, comenzó á vestirse con mucha lentitud. Entonces entró Yablouski á suplicarle se diera prisa;» pero ¡cosa rara! Maximiliano no pregunta cómo ha sido posible que el enemigo se introduzca al recinto de aquella fortaleza; no pide ningún detalle, no se sorprende, no se indigna!

Salm Salm en sus memorias dice: «Cuando llegué á donde estaba el Emperador, le encontré ya vestido y sumamente tranquilo. Entonces dijo: Salm, nos han traicionado; vaya Ud. abajo y vea que los húsares salgan. Iremos al cerro y veremos cómo podemos allanar este negocio. Allá voy yo inmediatamente». (pág. 169). Esta revelación es muy grave, porque el intervalo que medió entre el momento en el cual despertaron á Maximiliano dándole la noticia, y en el

que se le presentó Salm, fué de unos cuantos minutos, los que fueron necesarios para que éste se vistiese de prisa, y sin embargo ya sabía que había habido traición á pesar de que nadie se lo dijera. En verdad que era de sospecharse por no haber escuchado un solo tiro; pero ¿quién que tiene una sospecha tan abrumadora no procura aclararla preguntando quién es el traidor, por dónde han entrado los enemigos, á qué hora, de qué manera? ¿Quién no llama en el acto al jefe del punto para que explique? Por su parte el Dr. Bash que presenció también aquellos memorables instantes, dice: «Corrí á su habitación; ya estaba vestido el Emperador. «No será nada, me dijo con mucha sangre fría; el enemigo ha de haber entrado en la huerta. Vaya Ud. á tomar sus pistolas y sígame á la plaza». (Mem. del médico de Máx. pág. 242.)

Se advierte siempre que el soberano es quien da las noticias, quien comunica sus temores ó sus ideas, pero para nada solicita información: él sabe ó sospecha lo que ha pasado y así lo dice á todos; pero nadie, absolutamente nadie se lo ha referido, ni á nadie le hace una sola pregunta. Parecería que al avisársele simplemente que los sitiadores ocupaban la Cruz, se le había dado cuenta de una orden suya que había sido puntualmente cumplida y por eso se manifestaba sabedor de todos los pormenores!

El Sr. Pradillo que llegó á la pieza

donde dormía Su Majestad cuenta que se decidió á salir para el cerro de las Campanas, habiéndole dado una de sus pistolas y empuñando él la otra, atravesando con muchas dificultades los corredores por andar allí oficiales sitiadores, hasta salir á la calle y llegar al cuartel de la escolta del Emperador, de donde lo envió por su caballo, continuando aquél su camino para el palacio departamental acompañado del Gral. Castillo y de Salm. Allí se le reunió su ayudante llevándole el caballo y en ese momento llegó el Coronel Miguel López montado y hasta entonces, es decir hasta después de cerca de media hora, le preguntó qué era lo que pasaba. "Señor todo está perdido; vea V. M. la tropa enemiga que viene muy cerca".

La pregunta era enteramente tardía; pero siendo López el jefe de la línea en que estaba el punto ocupado y sabiendo que lo habían traicionado según le manifestó á Salm, claro era que el traidor tenía que ser aquel y por lo mismo es incomprensible que teniendo S. M. una pistola en la mano no le hubiera volado la tapa de los sesos. El Sr. Dr. Rivera al hacer esta observación, agrega que de ese modo de obrar digno y enérgico en un militar valiente que no hubiese tenido participación en la entrega, hay ejemplos en la historia. Debe notarse que ya entonces por todas partes se empezaba á atribuir á López la traición, tanto que en esos mismos mo-

mentos el Comandante Juan Ramírez se adelantó dirigiéndose á las Campanas y dió aviso al Coronel Gayón jefe de aquel punto de que "López habia entregado la Cruz". (Carta de Gayón en "El Nacional") Por consiguiente aún cuando el Archiduque no hubiese enviado la noticia, sería inverosímil que él ignorase lo que ya todos los oficiales de su séquito sabían.

Llegaron á las Campanas donde unos cuantos oficiales, cien infantes y cuatro cañones componían la guarnición; poco después se presentó una parte del Regimiento de la Emperatriz, un piquete de caballería del Conde Pacha y el Gral. Mejía con algunos de sus ayudantes.

La sorpresa de la Cruz habia hecho entrar en el mayor desconcierto á los defensores de la plaza, que de valientes y atrevidos como se habían mostrado durante el sitio, se habían entregado con *miserable cobardía* como quiere «La Voz de México» ó con *invencible desaliento*, como más benignamente expresa el señor Iglesias; pues en ninguna parte opusieron la más leve resistencia. El General Márquez dice muy bien en su Refutación al libelo de Ramírez Arellano que «resulta, en consecuencia, que el comandante general de artillería de la plaza de Querétaro ha perdido sus cincuenta y cinco piezas, todo su parque, todo su personal, su ganado y cuanto estaba á su cargo, sin disparar un solo tiro para defenderlo.»